

“Para qué necesito los pies, si puedo volar”: Frida Khalo.

Amigo docente

Víctor Manuel García Santiago

Profesor, académico y periodista

Si tuviera que recomendar una carrera sería cualquiera, menos la de ser profesor. No porque sea ingrata en su sueldo, tampoco porque no se centra en cumplir con un horario de trabajo. Mucho menos por “las enormes vacaciones” que tenemos. Porque para ser maestro se necesita mucho corazón, bastante fortaleza y sobre todo, aprender a dar sin necesidad de recibir, aunque la satisfacción viene por otro lado: ver a los alumnos realizados, recibir palabras de aliento y el reconocimiento que no hace rico a uno pero sí al alma.

Ser maestro cambió mi vida y sigue dándome satisfacciones al sentirme útil como ser humano. Ya lo dice Fernando Savater, mientras haya educación un ser humano, en el sentido literal de la palabra, está en construcción. Nuestra labor es poner un granito de arena, quizás por el sueño idealista de tener un país mejor preparado, una sociedad mejor, más humana.

Pero no todo fue fácil, para llegar a pensar de esta manera, mucho menos al inicio de la trayectoria. La idea de ser mentor no me satisfacía en mi lejana juventud. Conocía cómo se la gastaban mis compañeros para burlarse y poner apodosos muy severos a los profesores; era su manera de pelear contra la frustración que les dejaba no poder con una materia. Esto sucedió sobre todo en secundaria y en menor medida en la primaria.

Mi ya largo trayecto docente lo resumo con la siguiente frase tras dividirlo en un antes y después: aprendí a caminar nuevamente a los 35 años y todos los días pretendo ser mejor maestro. Es mi forma de vida. Es mi vida...

Un día de 1987 egresé de la Benemérita Escuela Nacional de Maestros y entonces empezó la aventura. Con sólo 18 años y toda la convicción de que era necesario dar clases a nivel básico para mantenerme los estudios universitarios, tuve la idea de permanecer en esta —ahora lo comprendo— noble profesión el tiempo suficiente para dedicarme a otra cosa. Pero las ambiciones profesionales comulgaron perfectamente con mi modesto acto docente, Pero la vida, en ocasiones, nos coloca en donde hacemos falta.

El magisterio se volvió tan fundamental en mi vida, con el paso del tiempo, que puedo decir ahora que hago una retrospectiva: Me ha dado mucho, pues de ahí se desprendió lo que soy y tengo: amores, hijo, un trabajo que disfruto, muchos amigos, una beca para posgrado en Japón y sobre todo la mezcla de mis dos profesiones al llegar a algo que menos pensé desempeñar como académico de la UNAM.

Enseñar poco a poco se convirtió en un vicio, una necesidad, una pasión y una forma de vida; la influencia que recibí de mis profesores y mis padres, el continuo aprendizaje y la preparación en ambas profesiones, sobre todo en la carrera de Periodismo, han hecho de mí un mejor docente, no como yo quisiera, pues aún tengo limitantes. La experiencia ha sido fundamental para corregir errores, para aprender a planificar, pero sobre todo saber improvisar en el momento adecuado. Soy como un vetusto actor de teatro que en el escenario se transforma y toma como reto cambiar el guión de la clase, lo cual todos los profesores deberían hacer, cambiar de rumbo si no funciona nuestro acto.

Dar clases a niños de 6 a 12 años me abrió la ventana para entender las necesidades de los alumnos; pero los jóvenes de 18 a 23 son más difíciles de convencer. Es necesario tener listas muchas razones, argumentos y dejar a un lado el orgullo para reconocer que no se sabe todo.

La carrera docente está llena de historias y anécdotas que creí no transformarían mi vida. Por momentos me he sentido completo, pero también desgraciado, más cuando me he topado con compañeros que vienen a cobrar su sueldo sin devengararlo, no enseñan o sólo buscan que llegue el fin de año para poder descansar. La falta de compromiso me hizo dejar las relaciones personales con otros docentes y a últimas fechas lo he retomado, sobre todo al buscar a compañeros de estudio de mi juventud y por los cursos universitarios.

Los buenos momentos y las grandes satisfacciones provienen del esfuerzo y los resultados que ha dado mi trabajo. Reencontrar a viejos alumnos de primaria, a egresados con buen trabajo y escuchar el comentario “gracias a usted soy lo que soy”, “hizo que me apasionara de mi labor”, o “si hubiera más profesores como usted éste sería un país diferente”. Todo eso me obliga a prepararme mejor, actualizarme, leer, escribir, adoptar nuevas estrategias de enseñanza y evaluación. Pero, ¿cuántos docentes se preparan después de culminar sus estudios? Afortunadamente el número se ha incrementado y de mi parte, siempre ha sido una prioridad. Lo que primero empezó como simple vanidad por ser el mejor maestro de una escuela se convirtió en un aliado para tener las mejores

clases y los alumnos más preparados.

Cursos, talleres, diplomados, posgrados siempre dejan una estela de expectativas cumplidas y otras que se quedan cortas. Para mí han sido una ventana para conocer otros docentes y saber de sus experiencias, problemas e historias de éxito. Esos temas compartidos enriquecen mi conocimiento, fundamentan la teoría que se enseña en los libros y sobre todo permite la interacción social.

He sido un rebelde con la teoría educativa, pues desde joven me peleé con Piaget, aunque sus postulados se aplican de manera general a las características de los niños, el alumno mexicano tiene su desarrollo propio, quizás más lento en la mayor parte de los casos. Eso me ganó enemistades y me orilló a tener mi propio método ecléctico, del cual he disfrutado los resultados. Más tarde aprendí los principios de Vigotsky, mucho más modernos pero tan poco para ser adoptados de manera total. Esos postulados se trabajan para los menores, pero qué se puede hacer con los jóvenes, con grupos dispares, muchachos con problemáticas emocionales a flor de piel, con poco interés por el estudio, con mayor inclinación por los placeres y la vida desparpajada, alcohol y sexo. Sin embargo, fue con la filosofía educativa del español Fernando Savater con la que más simpatizo y de unos años para acá con lo propuesto por Edgar Morin en el aprendizaje con el uso de las nuevas tecnologías.

Uno de mis principales problemas como docente universitario ha sido convencer a los alumnos para que entren a clases los viernes en la noche (lo llamo el horario anticonstitucional), para que lean un poquito, cumplan las tareas y piensen que no es tiempo perdido venir a la universidad. La verdad, no me costó mucho.

El proceso fue relativamente fácil: quise ser como ellos, tuve que apretar las tuercas cuando fue necesario y aflojando cuando se requirió. Aprendí a ser un maestro digno de la confianza de los alumnos, no crearme el sabelotodo ni la vaca sagrada, en síntesis mostré un poco de humildad.

Quizás eso faltó leerlo en algún texto del diplomado. Pero, ¿qué autor pretende tratar de manera más simple a los alumnos, si todos permanecen arriba del tabique con sus doctorados y especializaciones? Este trato no es fácil, para muchos profesores es menester humillar al alumno. Es típico conocer las quejas de aquellos que se dicen maestros y empiezan el semestre con frases tan trilladas como: “conmigo sólo pasan cinco”, “diez para Dios, nueve para el libro, ocho para el maestro y el resto para el alumno”.

La pedagogía moderna obliga a que el alumno cree su propio conocimiento y lo ponga en práctica con las bases puestas por los profesores y los saberes que traen los muchachos. Obliga a hacer más activa y atractiva las clases. Esto lo reafirmo con el presente diplomado y lo he llevado a la práctica.

Afortunadamente entre los asistentes, compañeros con diversos grados de estudio, carrera y experiencia ser maestro de base, el que cava trinchera, pica piedra y es esclavo de los alumnos permea entre la mayor parte de los que integramos el grupo del diplomado. Hemos aprendido a escuchar las experiencias exitosas de nuestros similares y podremos aplicarlas, si llegara el caso.

Ser docente universitario implica una gran responsabilidad, no sólo con los alumnos, la universidad o el país. Es un compromiso con uno mismo. Si escuchamos las noticias de cualquier día se denigra al profesor por unos cuantos integrantes, que quizás no quieran tanto su profesión pero que anteponen los intereses personales y de grupo al de los niños. Ahora los profesores de cepa debemos mostrar con trabajo y dedicación que no sólo se puede descalificar a todos. Muchos dejan de hacer cosas personales, sacrifican tiempo y hasta recursos propios para dedicarse a los niños y jóvenes. Aún con la brutal crisis económica, falta de seguridad laboral y horarios diferidos o grupos sobresaturados, hemos sabido sortear los contratiempos para salir avante en nuestra labor.

Con todo lo descrito pudiera decir que el maestro y catedrático universitario es lo más cercano a un robot o una máquina que debe preparar su clase y evaluar las prácticas y conocimientos de sus pupilos. Pero no, el profesor es humano, con problemas, deudas, preocupaciones, necesidades y en la mayoría de los casos con varios trabajos para completar su ingreso. No por eso debe quitarse de la gran responsabilidad que adquiere al estar frente a un grupo.

En casi siete meses de compartir cada sábado con otros 35 compañeros catedráticos, hemos pasado por todos los estados de ánimo: contento, si acaba de llegar la quincena; presionados, en el caso de fin de semestre; desvelados, por hacer tareas para la clase; con hambre, a las dos de la tarde. Dejamos entrar a nuestros pares a conocer cómo somos durante medio año y en eso tiempo compartimos inquietudes, miedos, éxitos y fracasos. También buenos momentos y frustraciones incluidas, cuando un módulo no nos satisfizo.

No sólo soy mejor maestro por lo aprendido en el diplomado y que ya he reafirmado o

en su caso puesto en práctica con mayor ahínco. Soy más humano. Veo la necesidad de comprender al alumno, pero también entiendo a mis compañeros, aquellos con los que seguramente me topaba en el estacionamiento, y los pasillos del campus y que me valían un camino. Hoy ya no. Puedo pararme a saludar a muchos de los que hemos estado aquí y preguntar cómo les va, qué clase dan, cómo ven a los muchachos, entre muchas cosas más. La socialización es indispensable entre el académico universitario y esto no nada más se fortaleció, sino que se construyó desde cero.

Ha sido una experiencia gratificante y un gran honor aprender al lado de docentes de diferentes carreras, formamos un gran grupo que compartió conocimientos, horas de trabajo y anécdotas laborales al mayoreo.

Después de concluir esta etapa me siento con la capacidad de mostrar a mis compañeros de nivel básico el material que nos han dado, los nuevos conocimientos y sobre todo la alegría de ser maestro. No dejamos de aprender y no debemos dejar de enseñar lo que conocemos a otros que les pueda servir en su quehacer cotidiano.